

CAPITULO VI

EN EL PALACIO REAL

ROULETABILLE saltó del auto antes de que éste parase. Parecía que de repente se hubiera dado cuenta de que iban por mal camino, que los otros los llevaban taimadamente por donde querían. Pero realmente debe atribuirse principalmente la rapidez de su movimiento a la necesidad que tenía de no permanecer más tiempo junto a Atanasio, a quien de buena gana hubiera estrangulado.

Para no tener que hablar en seguida con aquel hombre y para ocultar su turbación, se puso a inspeccionar con gran atención la carretera, como si de pronto hubiera descubierto algo muy importante. Y no consiguió calmarse más que luego de haberse repetido diez veces la frase de Ivana: *Nadie tiene derecho a llamarse mi novio.*

Sin embargo, era muy improbable que, respecto a aquella cuestión, se envaneciera el búlgaro de lo que no era. Entonces Rouletabille, queriendo consolarse a todo trance, supuso que Atanasio había pedido la mano de Ivana y que la joven, que le apreciaba como un hermano, no habiendo querido causarle un disgusto, le había con-

testado cualquier vaguedad porque no se atrevía a quitarle toda esperanza.

Tras esa hipótesis, vió claro en su corazón y en el camino. ¡Y de pronto descubrió las huellas que parecía buscar! Le llevaron fuera de la carretera. Entonces hizo señas a Atanasio para que bajara y le siguiese por un pequeño atajo.

Aún no estaban lejos de la ciudad. De pronto lanzaron al mismo tiempo una exclamación.

Disimulados en un grupo de árboles, había dos autos abandonados. Se acercaron corriendo. Y encontraron en gran desorden trajes arrojados de cualquier manera y manchados, capotes de soldado y oficial, uniformes de diferentes graduaciones y velos que habían pertenecido a Ivona; velos trágicos, ensangrentados; velos sobre los cuales se precipitó Atanasio y de los que se apoderó a manera de reliquias.

Rouletabille, al ver aquella acción, apretó los puños como si fuera a lanzarse contra su rival. Pero se contuvo y continuó andando tras las huellas que encontraba.

—¿Qué cree usted?—preguntó Atanasio—. Es de suponer que, como han abandonado los autos, no estarán lejos.

—¡Oh! A lo mejor no están tan cerca como parece... Dos grandes carretas les esperaban en donde hemos encontrado los autos. Y esas carretas eran tiradas por vigorosos caballos que han podido hacer mucho camino.

—Y ¿por qué carretas?

—Sí; carretas de campesinos... El camino seguido por ellos está lleno de coles y zanahorias. Es más: seguramente, aparte de abandonar los autos por comprometedores, han cambiado por la misma razón los uniformes por trajes de labriego. Así habrán podido volver a Sofia,

o lo que es más probable, se habrán mezclado a los carros que volvían del mercado central en dirección a los pueblecitos. A estas horas seguramente estarán ya refugiados en alguna parte.

—Pero ¿cómo han podido hacer todo eso con una joven ya herida, que habrá forcejeado y gritado pidiendo auxilio en cuanto haya visto a alguien en la carretera?— preguntó Atanasio.

—¿Gritaba, acaso, cuando a través de los cristales del auto, miraba tranquilamente, según ha dicho el empleado del *garage* del puente de los Leones?

—¡Es incomprensible!

—Quizá habrían prometido a la señorita Vilitchkov meterle una bala en la cabeza en cuanto gritase.

—Conozco a Ivana... ¡Y eso no hubiera podido detenerla!... ¡Antes hubiese muerto que convertirse en presa de esos miserables!...

—Pues ¿qué voy a decirte? Podrá ser incomprensible, pero ¡es así!... ¡Ni ha forcejeado ni ha gritado!—afirmó Rouletabille.

—¿Cree usted que les ha seguido de grado?

—¡Eso opino!—acabó por decir el repórter.

—¡Caballero!—gritó el búlgaro, avanzando con los puños apretados y dispuestos a golpear—. Va usted a explicarme por qué se atreve a proferir semejante tontería.

Rouletabille palideció, pero se contuvo.

—¡No pienso explicarle nada, caballero! Y acabemos ahora mismo esta disputa inútil. ¡No tenemos el tiempo para discutir!

Volieron a Sofía sin decir ni una palabra más. Atanasio estaba abatido.

El búlgaro, sin ocuparse más del repórter, paró el auto

ante el palacio real y penetró preguntando por el general Stanislawof. No se dió cuenta de que Rouletabille le seguía. Y los dejaron pasar a ambos, creyendo que pedían audiencia juntos.

Sin embargo, sólo entró Atanasio Khetew en el despacho del general. Un ujier atravesó el antedespacho llevando una orden. Rouletabille le dió su tarjeta para que la entregara al general. Y quedó examinando una pequeña y grasienta libreta que había sacado del bolsillo y que era el objeto recogido del suelo en el jardín del general Vilitchkov. Contenía varias notas escritas tan pronto en turco o en búlgaro como en francés. Además, había fechas, extraños dibujos de una geometría singular y, al fin, una lista de nombres y direcciones turcos. Todo aquello le pareció de primer momento incomprensible. De las palabras turcas sólo traducía: *guidje*, la noche; *guené*, *guedjem*, volveré; palabras seguidas de una fecha, tras la cual figuraban *sandalje*, el taller, y *guidich-guelich*, ida y vuelta.

Pero continuando el ojeo de la libreta, iluminóse su rostro y acabó por lanzar una sorda exclamación. Había leído estas palabras en francés: *Sofía de la catarata*.

Metióse prestamente la libreta en el bolsillo porque el ujier iba a buscarle para introducirle cerca del general.

Atanasio estaba haciendo entonces un relato en búlgaro. Stanislawof le rogó que lo continuara en francés. Atanasio obedeció luego de lanzar una mirada nada agradable al repórter.

—Ese miserable—dijo—se me ha escabullido siempre de entre los dedos, mi general. ¡Cuántas veces he creído tenerle cogido! Pero siempre me ha escapado... ¡Gaulow tiene lo menos diez o veinte personalidades! Se llama Gaulow para nosotros, Tzaukol para los pomaks, Dot-

chan en el Rhodope, Simeón en Macedonia, Hadji Abdul Kerim en Kirk Kilisé y en Andrinópolis, Kara Selim en el Castillo Negro. Además tiene nombres que yo desconozco en Odessa y en todos los puntos del mar Negro donde se distrae de su profesión de bandolero montañés haciendo un doble negocio como pirata y como traficante de esclavos.

—¡Pero de todos modos—interrumpió el general—, habrá un sitio en que ese genio del mal descansa volviendo a ser simplemente Gaulow; un rincón en que esconda el fruto de sus rapiñas, un refugio adonde irá para recobrar fuerzas.

—Sí, mi general. Existe ese sitio. ¡Y por fin he logrado conocerlo! Para acercarme a él, me he jugado la vida. ¡Bien valía la penal! Ese sitio se llama Kara-Kulé, el Castillo Negro!

—¿Dónde se encuentra?

—En este preciso lugar del mapa, en un repliegue desconocido del Istoandja, no lejos del Tachtépé... De ahí sale; ahí vuelve cuando ha realizado sus horrendos propósitos... ¡Ahí llevará el precioso botín de su última expedición: la hija del general Vilitchkov y todo lo que nos ha robado!... Allí está el amo, y no por la gracia de Dios, ya que no reconoce ninguno, ni el de los cristianos, del cual ha renegado, ni el de los musulmanes, que ha aceptado públicamente... ¡Es el amo! Y nadie puede nada contra él... Ningún emperador domina más su imperio; ningún señor feudal ha sido más poderoso ni más temido en su castillo... Pero mientras el buitro no haya vuelto a su nido ¡no se habrá perdido todo para nosotros! Todavía podemos esperar atraparlo... Acabo de hacerle el relato fiel de la desgraciada expedición de esta mañana. De ella hemos podido al menos sacar la conclusión de

que el miserable no está lejos, de que aún está en Bulgaria... ¡Que no salga!... Haga vigilar todos los caminos, haga infranqueable la frontera y ¡todavía podemos salvarnos!

El general, dirigiéndose al repórter, dijo:

—¿Qué opina de todo esto, señor Rouletabille?

—¡Oh! Yo—declaró tranquilamente el joven—, luego de la expedición nuestra de esta mañana, pienso precisamente todo lo contrario que el señor Khetew...

—¿Qué haría usted, pues?—preguntó intrigado el general.

—Daría orden al jefe de policía de que no vigilara los caminos y dejara en paz a los viajeros sospechosos para hacer la frontera cuanto más franqueable mejor.

Atanasio Khetew oía a Rouletabille como quien oye hablar a un aparecido. Pero el general, luego de haber demostrado al principio cierto asombro ante un programa que parecía un disparate, pareció comprender a Rouletabille. Le dió una palmadita amistosa en el hombro y dijo al oficial:

—¡Aquí tiene, Khetew, a uno que no hubiera empleado diez años en descubrir a Gaulow!

—Permítame, mi general, que le confiese—replicó Khetew, muy colorado y lanzando a Rouletabille una mirada incendiaria—que no acabo de comprender lo que ha querido decir este caballero...

—¿Cómo? ¿No comprende usted que Rouletabille (el periodista se puso también muy colorado al oírse tratar con esa familiaridad) desea que se permita a Gaulow volver cuanto antes a su castillo, porque cuanto más pronto sepamos dónde está más pronto podremos recobrar los planos?...

—Por lo visto ha hablado de los planos a Atanasio—

se dijo el repórter—. Pero ¡a mí los planos me importan un bledo!...

E inclinándose, dijo en voz alta:

—¡Y podremos recobrar a la señorita Vilitchkovi!...

—¡Ya pienso en Ivana, ya!—dijo el general—. Ahora la considero como mi hija adoptiva...

—¡Mi general!—declaró Rouletabille—. El hecho de comprenderme usted en seguida demuestra que mi plan es excelente. En todo caso, creo que es el mejor. Gaulow es fuerte. Lo ha previsto todo. ¡El hecho de cambiar un *auto* por una carreta campesina cuando está uno perseguido a setenta u ochenta por hora, es una ocurrencia digna de consideración! Y no hay que atribuírla a casualidad. ¡La carreta o, mejor dicho, las carretas estaban encargadas de antemano. Tengo la seguridad de que unos individuos que en el momento más crítico, cuando casi les íbamos a los alcances, nos han hecho esa jugareta, aún nos reservan tretas por el estilo. ¡Hay que dejarlos hacer! Y hasta conviene que usted les ayude a llegar a su castillo, ya que no podemos impedirselo... Cuando estén allí, ¡será la nuestra!...

—¡Caballero!—interrumpió Atanasio—. Hace un momento tuve el honor de decir al general que Gaulow es invulnerable en su castillo.

—Será invulnerable para quien vaya a atacarle, pero no para mí, que me presentaré como amigo, o al menos como «transeunte». Ni tan siquiera ocultaré la verdad. Diré quién soy o, mejor dicho, quiénes somos, porque me llevaré a mis dos reporters y a nuestros criados. ¿Tiene algo de particular que unos corresponsales de guerra se extravíen en la montaña y pidan refugio en el primer castillo que encuentren? Como procederemos de Bulgaria, quizá nuestro huésped nos pregunte curiosa-

mente noticias de Sofía. Al fin y al cabo, no tendrá ninguna razón para no recibimos ni para desconfiar de nosotros. A mí no me conoce. Y quizá tenga interés en trabar amistad conmigo. Cuando, finalmente, estemos instalados, yo les juro que conseguiremos llegar hasta la señorita Vilitchkov o, cuando menos, sabremos dónde está. ¡Y que el diablo nos lleve si no echamos mano al cofrecillo que contiene los dichosos documentos!

—Si ha venido aquí para robar documentos de guerra, y si lo ha conseguido, hay probabilidades para suponer que no los haya guardado en su poder—dijo desdeñosamente Atanasio, que no se rendía—. Como usted comprenderá, habrá querido, sin pérdida de tiempo, llevarlos para su venta al Estado Mayor otomano.

—Eso es precisamente lo que nos falta saber... El general y yo pensamos que muy bien puede ocurrir que Gaulow ignore la presencia de esos documentos entre los objetos que se ha llevado...

—Se trata de una hipótesis—puntualizó el general—. ¡La verdad es que yo no sé nada!...

—Bueno... ¡Pero hay que saberlo!... Si Gaulow se ha enterado de que tiene esos papeles, no cabe hacer otra cosa que avisar al general que sus planos son conocidos. Pero mientras el general no se dé cuenta de ello, no habrá motivo para desesperarse...

Stanislawof oprimió un timbre.

Presentóse un suboficial.

—Que pase el jefe de policía.

Este se presentó casi a continuación. Y se asombró mucho de ver a Rouletabille en el despacho del general.

—Puede hablar delante de estos caballeros, Excelencia—advirtió el general—. ¿Hay alguna novedad?

—¡Ninguna, mi general!... No hemos recibido noticia

alguna que pueda ponernos en una buena pista... Pero no hay que desesperar; he mandado telegrafiar a todas partes... Y ahora todos los *autos*, absolutamente todos, que llegan a la ciudad o atraviesan los pueblos por todos los caminos han sido, o están siendo, detenidos, registrados. Se interroga a sus ocupantes...

—¡Bueno, bueno!—interrumpió el general con marcada impaciencia—. Los bandidos esos no van en *auto*. Puede usted hacer parar todos los *autos* que guste. ¡A ellos les da lo mismo!

—¿No van en *auto*?

—¡No, señor!... Al parecer viajan en carreta...

—¡Pues haré que sean detenidas todas las carretas!...

—¡Mucho me parece!... Además, quizá fuera inútil, porque es posible que cuando detengan todas las carretas, vayan ellos en *auto*... Pero dejemos eso... ¿Ha habido tortura?...

—Sí—contestó el jefe de policía, que parecía confuso—. ¡Ha habido tortura, mi general! El cuerpo del general acaba de ser examinado muy atentamente por los médicos forenses que le han hecho la autopsia. Y no caben dudas. ¡Ha habido tortura!

—¡Cristo!—gruñó Stanislawof—. ¡Han querido hacerle hablar! ¡Necesitaban que les dijera algo! Eso indica que sabían lo que iban a buscar! Se han llevado el cofrecillo con pleno conocimiento de causa...

—¡Nada menos cierto que eso, mi general!—exclamó Rouletabille—. En primer término, Gaulow es muy capaz de torturar al general Vilitchkov por el mero placer de hacerlo... Además, ¡no creo que el general hubiera hablado ni aun con la peor tortura!...

—¡Eso tampoco lo creo yo!... Pero, sin darse cuenta, puede haberse traicionado... Recuerde de qué manera

abrazaba el taburete sobre el que se hallaba el cofrecillo... La rabia con que defendería el mismo cofrecillo quizá enseñara demasiado a Gaulow... Pero ¡no podemos permanecer más tiempo en esta incertidumbre!... Nos vemos en la necesidad de obrar como si estuviera enterado... ¡Hay que ganar tiempo!... ¡Hay que empezar de nuevo!... ¡Telegráfame noticias optimistas, caballero!—terminó diciendo el general a Rouletabille—. ¡Muchas gracias, señores!...

Aquello era una despedida. Y Rouletabille, viéndose vencido, quiso protestar.

—¡Le ruego, mi general, que piense en mi proposición!...

—Su proposición tiene algo de *Las mil y una noches*... Al principio seduce, pero luego hace sonreír...

Y dirigiéndose al jefe de policía, ordenó:

—¡Excelencia, redoble la vigilancia, ponga en pie toda la policía del reino, haga todo lo posible para que no se nos escape Gaulow!...

—¡Se le escapará, y no sabremos dónde está!—replicó con obstinación el repórter—. Si le acosan, permanecerá oculto unas semanas, acechando un momento más propicio para atravesar la frontera. ¡Déjele que vuelva a la *Karakulé*, mi general!

Pero el general movió negativamente la cabeza.

Y dijo al jefe de policía:

—Le transmito la orden de Su Majestad, según la cual, hay que detener a Gaulow dentro de veinticuatro horas.

Todavía añadió, refiriéndose a Atanasio:

—Este caballero se irá ahora con usted para darle cuenta detallada de la expedición de esta mañana.

El jefe de policía saludó y se retiró pensando: «¡Vaya una lata!»

Pero Rouletabille, como Khetew no se movía, no salió. El general, al ver que se quedaba, quiso burlarse un poco de su terquedad. Y llevándolo suavemente hacia la puerta, le dijo:

—Su proyecto, querido amigo, está basado en una buena voluntad y en una confianza en sí mismo que, por lo que veo, raramente debe faltarle. Lo que no tiene fundamento es lo que piensa usted acerca de la vuelta de Gaulow a la *Karakulé*, precisamente en estos momentos...

Rouletabille, que ya había sido llevado casi hasta la puerta, penetró bruscamente hacia el centro de la sala, diciendo:

—¡Estoy seguro de eso, mi general! ¡Gaulow tiene que estar en el Castillo Negro el 12 de octubre!...

—¿Está citado con usted?

—No; pero lo está con un individuo procedente del Mar Negro y que ha de desembarcar en Vasiliko... Es un tal Kasbeck...

Atanasio dió un salto de sorpresa.

—¿Kasbeck el Circasiano? ¿El eunuco de Ab-ul-Hamid?... Si es así, ¡todo se explica, mi general!... Precisamente siguiendo a ese eunuco llegué a descubrir a Gaulow... Y ese eunuco es el que compró a Gaulow la pequeña Ivana para el harén del ex sultán... ¡Mi general!... ¡Gaulow ha venido a raptar a Ivana para venderla a Kasbeck!... Pero ¿cómo se ha enterado usted de eso?—exclamó Atanasio dirigiéndose a Rouletabille.

—¡Bahl!—contestó Rouletabille—. Sé todo eso porque es mi oficio saberlo.

—Pero ¿no puede decirme cómo se ha enterado?

—¡Es un secreto, caballero!

—¿A mí—preguntó Stanislawof—tampoco me lo confiará?

—A usted, mi general, sí que lo diré—contestó Rouletabille.

Y adelantándose hasta el gran mapa colgado de la pared, puso el dedo en el lugar que poco antes había señalado Atanasio.

—He aquí Tachtepé, donde se eleva la *Karakulé* de Gaulow... Ahí estará Gaulow el próximo día 12... ¡Y yo también!... Estamos a 5. Por lo tanto, nos quedan siete días para reunirnos. Cuatro días después de haber entrado en el castillo (me concedo ese plazo), o sea el 16 de octubre, sabré exactamente todo lo que necesitamos saber. ¡Sabré si los planos continúan en el cofrecillo y si se sospecha su presencia!

—Caso de que los encuentre allí—dijo el general—, ¡destrúyalos! Será más prudente que intentar traérmelos... ¡Lo que importa es que nuestras intenciones hayan permanecido ignoradas del enemigo!...

—Respecto a eso, mi general, sabré el 16, a más tardar, lo que haya. El 17, uno de nosotros, quizá yo mismo...

—O yo—dijo Atanasio.

—Eso es, porque veo con gusto que a este caballero le agradaría formar parte de la expedición... Uno de nosotros, pues, atravesará la frontera. Y le enterará de lo que ocurra. Así es que el 18, si no antes, ya sabrá usted a qué atenerse...

—¿Y si el 18 no he tenido noticias de ustedes?

—Las tendrá, mi general...

—Bueno... Atanasio Khetew, ¿marcha con usted?...

—¡Claro!—dijo Khetew—. Sin mí, le sería muy difícil llegar a la *Karakulé*...

Rouletabille se encogió de hombros y no le contestó. Mirando el mapa, dijo al general:

—El día 17 que nos esperen sus correos en el Estrandja-Dagh, a la parte de acá de la frontera, en Kaikhar y en Odjakini. Ya nos verán llegar. Uno de nosotros preguntará en cualquiera de esos dos pueblos por el correo del general Stanislawof...

—¿Por qué precisamente en esos dos pueblos?—interrogó el general mirando fijamente a Rouletabille.

—De sobra lo sabe usted... Porque según mi plan, que por casualidad ha coincidido exactamente con el de usted, esos dos pueblos dominan los desfiladeros por los que el ala izquierda de su tercer cuerpo de ejército (al que se cree sobre el Maritza, acabando su movilización, pero que realmente permanece agrupado en el extremo Este, no lejos del terreno de las últimas maniobras de septiembre) desembocará sobre la vertiente Sur del Estrandja, precisamente encima de Kirk-Kilissé.

—¡Eres el diablo!—masculló Stanislawof—. Pero si triunfas, puedes venir en seguida a pedirme lo que quieras, ¿sabes?, ¡lo que quieras!...

¡Le tuteaba el general! Rouletabille decidió aprovechar un momento tan propicio. Y, con cierta turbación, dijo:

—Precisamente tengo que pedirle algo...

—¿De veras?... ¡Yo creía que toda tu actividad era por afición al reportaje!... Habla, habla...

—¡Mi general!... Este caballero me dispensará, pero no puedo hablar más que con usted solo.

Y diciendo esto, había señalado a Khetew.

El oficial saludó y pidió permiso para retirarse.

Atanasio, antes de llegar a la puerta, saludó también a Rouletabille. Pero éste le volvió la espalda. El general se dió cuenta del movimiento.

—¿Qué es eso?—preguntó—. Sólo se conocen desde

esta mañana ¿y ya son enemigos?... Tengan presente que necesito a los dos... ¡A darse las manos!...

Pero Rouletabille dijo:

—Necesito que este caballero se excuse conmigo.

Atanasio palideció, pero haciendo un esfuerzo, declaró:

—Cuenta con ello.

Y se estrecharon la mano bajo la mirada de Stanislawof, que les ordenaba que olvidaran una enemistad cuya causa, al fin y al cabo, ignoraba.

Después Rouletabille indicó a Atanasio que hiciera los preparativos de marcha, y le citó en su casa, para las ocho. Le anunció también que tomarían juntos un tren especial nocturno, del cual bajaría la expedición con gran misterio varios kilómetros antes de llegar a la frontera.

Cuando quedaron solos el general y Rouletabille, aquél dijo a éste, en un tono, por cierto, muy amable:

—Diga, joven... Lé escucho...

—Si triunfo, mi general, he aquí lo que le pediré... Hace un momento, hablando usted de la joven raptada por Gaulow y todos cuyos parientes han muerto, ¿no decía que se considera respecto a ella como su padre adoptivo?... Pues bien: si consigo arrancarla de manos de Gaulow al mismo tiempo que los documentos, ¡le pediré la mano de Ivana Vilitchkov!...

Stanislawof, con gran sorpresa del periodista, carraspeó extrañamente luego de oír la ferviente confidencia...

—¿Tiene usted mucho interés en ello?—preguntó.

—¿Si tengo?—murmuró Rouletabille, que palidecía a ojos vistas.

—¡Es que le voy a decir, amigo mío, que lo que usted me pide es completamente imposible!... ¡Ya he prometido la mano de Ivana a Atanasio Khetew!...

CAPÍTULO VII

EXPEDICIÓN

VARIAS horas más tarde, a través de la obscuridad nocturna, un tren especial se llevaba misteriosamente la pequeña expedición. Estaba integrada por Atanasio Khetew, Reuletabelle, el buen gigante de La Candeur, el pequeño, amable y remilgado Vladimir, el camarero Modesto y otro gigante, natural de Transilvania y llamado Tondor, ayuda de cámara de Vladimir Petrovitch, ¡porque el tal Vladimir, que generalmente ignoraba si podría comer, tenía un ayuda de cámara! Y qué ayuda de cámara! Tenía manía de grandezas como su amo, el cual le había prometido que ambos «arrastrarían carroza» algún día; claro está que no dándole a la frase un sentido literal...

Los expedicionarios, como es natural, llevaban caballos y mulas para transportar las tiendas. Modesto, poco amigo de garambainas, había decidido montar una mula, porque, según él, le sería más fácil dormir sobre ella. Era un criado muy fiel que siempre dormitaba, a no ser que durmiera profundamente; pero en aquellos tiempos revueltos, había que tomar lo primero que se encontraba

Rouletabelle le preguntó, entre dos sueños, si había servido en algún restaurante de la Costa de Marfil, donde se adquiere la enfermedad del sueño. A lo cual contestó Modesto que no era preciso ir a la Costa de Marfil para contraer esa enfermedad y que había notado los primeros síntomas de ella la primera semana que estuvo en una cervecería de Montmartre, donde servía a clientes muy despiertos hasta las tres de la madrugada.

—Es una enfermedad muy extendida entre los camareros de cafés—explicó—. Solamente en París somos varios millares los que llegamos al trabajo a las nueve de la mañana para sacar brillo a los dorados y asear la terraza, y no podemos irnos a la cama hasta el día siguiente, entre tres y cuatro de la madrugada... Y cuatro horas de sueño no bastan... sobre todo cuando uno no tiene derecho a sentarse en el resto del día. Si llega usted a un café o cervecería a hora en que no hay prensa, encontrará a todos los camareros en pie, apoyados con una pierna en una mesa o con el pie en el travesaño de una silla, con los brazos cruzados en actitud de profunda meditación. ¿Meditan? No; duermen. Duermen un minuto, dos, tres. Se resarcan como pueden. En cuanto a mí, he hecho mi cuenta: tengo veintitrés mil trescientas setenta y cinco horas de sueño atrasado...

—¡Caramba!—exclamó Rouletabelle.

—Fijese, fijese... Tengo cuarenta años y soy camarero desde los quince. Por lo tanto, hace veinticinco años que trabajo en ello y, por una especie de fatalidad, siempre en establecimientos que tenían «el permiso de las tres horas». Un hombre honrado debe dormir cuando menos siete horas. ¡Y yo dormía cuatro! Trescientos sesenta y cinco días multiplicados por las tres horas que me faltan diariamente, hacen mil noventa y cinco, que tengo que

multiplicar por veinticinco, lo cual da, en efecto, doscientas tres mil trescientas setenta y cinco horas de sueño perdido.

—Todo eso, estimable camarero, me lo hubiera podido decir usted cuando le tomé a mi servicio—comentó Rouletabille, melancólico.

—¡Ahl... Es que yo quizá sirva al señor durmiendo; pero serviré...

Al día siguiente por la mañana bajaba la pequeña expedición al pie del Estrandja-Dagh. Vladimir y La Candeur sabían vagamente que iban a estudiar los futuros campos de batalla. A partir de allí, entrarían en país enemigo. ¡Y había que ver la cara que ponía el buenazo de La Candeur al considerar que Rouletabille se dedicaba a un reportaje tan peligroso como complicado! Sin embargo, en los días siguientes acabó por desenojarse al comprobar que aquel viaje por un país de apariencia tan hostil transcurría sin ninguna aventura desagradable, a pesar de los malos agüeros de Vladimir, que, en cada silueta entrevista algo indecisamente, creía reconocer a Marko el Valaco. ¡Era su pesadilla!

Por la noche, en la tienda, cuando Rouletabille creía que Vladimir y La Candeur dormían, los dos reporteros, quizá para olvidar a Marko y las horribles asechanzas que les preparaba en la sombra, jugaban a las cartas con gran constancia y entusiasmo. Rouletabille acabó por sorprenderles y quitarles las cartas a pesar de sus lamentaciones. Y no hubo otro incidental!

¿Cómo atravesó aquel grupo la frontera sin ser molestado por los turcos? ¿Cómo atravesó aquellas montañas abruptas y salvajes, habitadas por poblaciones sospecho-

sas, sin ser molestado?... Eso no dejó de asombrar a Rouletabille; pero si era preciso explicar tan feliz éxito, podría explicarse por el perfecto conocimiento que Atanasio Khetew tenía del país.

Una tranquilidad tan completa comenzaba a intrigar seriamente al repórter, cuando una buena mañana, luego de varias vueltas, llegaron a la tierra de Gaulow. Una vez allí, Atanasio se disfrazó de pobre conductor de mulos y hasta se colocó bajo las órdenes de un *katerd-jibaschi* (jefe de muleros), a quien había encontrado en la montaña y que le alistó en seguida porque le conocía de tiempo atrás.

Al principio tuvo que bajar a un valle defendido por tremendos picachos. Por mucho que alcanzase la mirada, el paraje no ofrecía ningún aspecto que engendrara alegría. Encontraron ruinas todavía humeantes. Pero lo más asombroso fué un pueblo en cuyas ventanas y balcones los campesinos habían colocado banderas.

—Supongo—gruñó La Candeur—que no engalanarán las casas por nosotros.

—No—replicó Vladimir, que acababa de interrogar a una niña harapienta—. Es por el casamiento de Kara Selim, el señor del Castillo Negro.

—¿Con quién se casa?

—¡Oh, no me han dicho exactamente con quién! Pero el hecho no se consumará más allá de mañana. Y será con una joven cristiana, a la que ha conocido hace poco.

Atanasio, al oír aquellas palabras, había hundido las espuelas en los flancos del animal. Rouletabille gritó con voz ronca:

—¡En marchal

Y le pasó delante.

—¿Adónde vamos?... ¿Adónde vamos?... ¿Qué hemos

venido a hacer aquí?...—gemía La Candeur—. Además, ¿qué nos va ni qué nos viene si ese Kara Selim se casa o se queda soltero?

Aun pasaron varias horas marchando silenciosamente por la pendiente. Al anochecer, el tiempo, que había sido bueno, cambió de pronto, como sucede en la montaña. Y estando en un áspero desfiladero, sobrevino la tormenta... ¡La tormenta en el fondo de un abismo!...

Tuvieron que detenerse algunos instantes y refugiarse tras una roca que interrumpía a medias el camino y que parecía caída allí para decir: «¡No vayáis, oh humanos, más lejos!»

Armonizaba tan bien aquella tormenta con la sima cerrada en todos sus lados por escarpados prodigiosos, cuyas cumbres iban a perderse en colosales nubes negras atravesadas por la quebrada lanza del rayo, que diríase que la Naturaleza nunca se apaciguaría en aquel lugar y que los enfurecidos elementos habían sido confinados allí para rebullir, combatirse y rugir eternamente.

En el aire flotaban jirones de niebla, como pájaros monstruosos. El viento omnipotente ladraba con sus mil voces de perro.

—¡En marcha!—aulló Rouletabille restallando su látigo sobre la cabeza de los muleros.

—En marcha!—repitió Atanasio.

Y los audaces no tardaron en sentir sobre la nuca los puñetazos del huracán que se sumía en la nieve, la trastornaba y la dispersaba. Los caballos bajaban la cabeza y relinchaban con espanto. Inmensos remolinos envolvían a la caravana. La Candeur se lamentó lúgubemente y Vladimir prorrumpió en una carcajada insensata e insultante para Dios o para el Diablo, para quien hubiese dispuesto aquella tormenta. El tiempo y el espacio pare-

cían haber dejado de existir. ¿Avanzaban nuestros viajeros? ¿Estaban en el mismo sitio? ¿Era de noche? ¿Era de día?... Y aquella sombra formidable aparecida de pronto allá lejos con sus almenas, con sus merlones, con sus barbacanas, con sus atalayas, con su torreón, con sus torrecillas... aquella sombra terrible, ¿corría hacia ellos?... ¿O se deslizaban ellos hacia ellas?...

¡No, no!... No era un sueño, ni una pesadilla, ni una alucinación... El Castillo Negro existía... Estaba bien asentado sobre la roca infernal y suspendido como una amenaza sobre el abismo... El Castillo Negro existía... Tenía un lugar en la tierra y en el mapa... ¡Y sin embargo, era su vista más terrible que la de todos los horribles castillos dibujados por la locura o por el genio del hombre o por la imaginación extravagante y enfermiza de los poetas!

¡Qué arquitecto de Occidente, venido antaño con los Cruzados, se habría detenido allí para levantar en el fondo del pasmado Oriente aquella edificación de forma asquerosa, enhiesta, temerosa como un gigantesco animal en acecho, como una bestia del Apocalipsis que acechara la tierra desde lo alto de su morada celeste, como un bloque siempre dispuesto para la batalla, como una fortaleza de presa ennegrecida por los siglos, pero a la que los siglos no han podido lastimar!

—¡Adelante! ¡Adelante!... ¡El Castillo Negro! ¡Es el Castillo Negro!...

Y Rouletabille corrió hasta el fondo de aquella sombra como un Don Quijote moderno que, más afortunado que el antiguo, tuviese una verdadera dama a quien salvar...

El valor de los expedicionarios había podido más que el huracán. Pero no habían acabado de luchar. La tor-

menta se transformó. Cierto es que calló el viento. Pero una lluvia atroz, fría y negruzca comenzó a derramar sus inagotables torrentes; la tierra, al recibirla, exhalaba vapores pestilentes; y el choque del granizo y de la escarcha, junto con el estrépito de las aguas que guardaban el pie de aquellos muros monstruosos, ponía notas tétricas en la noche.

—¿Llegamos ya?—preguntó el aniquilado La Candeur al propio tiempo que Vladimir se declaraba encantado de la ducha.

—¡Paciencia! ¡Paciencia!—gritó Rouletabille—. Cuando estés dentro, siempre preguntarás cuándo salimos...

Probablemente les habían visto desde el castillo, porque no necesitaron llamar. Al acercarse bajó un enorme puente levadizo, sobre el cual transpusieron el abismo. Luego se levantó tirado por sus cadenas, y pegóse con un ruido sordo a la puerta del Castillo Negro, que había engullido a los viajeros...

CAPITULO VIII

EL CASTILLO NEGRO

QUIEREN cambiarse de ropa los señores?... ¡La verdad es que han tenido mal tiempo!...

Con esas hospitalarias palabras, pronunciadas por un mayordomo obsequioso, fueron acogidos Rouletabille y sus acompañantes.

—No reciben mejor a uno en las pensiones suizas—observó en voz alta el repórter.

—¡Con tal de que no encontremos a Marko el Valaco!—exclamó Vladimir, que durante todo el viaje no había cesado de pensar en aquel temible rival en malas noticias—. Si no nos ha seguido, es que nos ha ganado la mano. ¡Quizá esté mejor enterado que nosotros acerca de lo que venimos a hacer aquí!...

Aquello era una alusión directa a la discreción de Rouletabille, que aun no había informado de una manera bien precisa a sus acompañantes acerca de la empresa y de los peligros que les haría correr.

—El señor nos injuria comparando el *Castillo Negro* con una pensión de familia—continuó diciendo el mayordomo—. Aquí no recibimos más que a viajeros distin-